

De misionar a militar. Socialización en ámbitos religiosos católicos, prácticas militantes y visiones de la política entre los jóvenes que participan en el PRO de la Ciudad de Buenos Aires.

Grandinetti, Juan.

Cita:

Grandinetti, Juan (2013). *De misionar a militar. Socialización en ámbitos religiosos católicos, prácticas militantes y visiones de la política entre los jóvenes que participan en el PRO de la Ciudad de Buenos Aires. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-076/120>

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VII Jornadas de Jóvenes Investigadores

6,7 y 8 de noviembre de 2013

Juan R. Grandinetti (Becario doctoral CONICET-UNDAV / Docente UBA)

juan.grandinetti@gmail.com

Eje 5: Política, Ideología y Discurso.

Socialización política en voluntariados solidarios de ámbitos católicos y prácticas militantes entre jóvenes que participan en el PRO de la Ciudad de Buenos Aires.

Resumen

Nos interesará en este trabajo explorar de qué modo las formas de socialización política de los militantes contribuyen a configurar tanto los modos en los que se acercan y se interesan por la política, como su visión de la política misma, los ámbitos en los participan y los modos en los que lo hacen. En el caso que nos ocupará, el de los jóvenes militantes del PRO, se buscará comprender, a partir de una indagación teórica y empírica, cómo ciertas prácticas de voluntariado vinculadas a su socialización en ámbitos religiosos católicos, especialmente en colegios y parroquias de sectores medio-altos y altos (recurrentes en sus propios relatos como forma de explicar los orígenes de su vocación política, sin que por ello se afirme aquí que esa sea la vía de politización predominante, ni que todos o la mayoría haya participado de estos ámbitos) contribuyen a dar forma a una concepción de la política entendida como un “ponerse al servicio” y a ciertas prácticas militantes afines a las lógicas de las prácticas de voluntariado aprendidas en ámbitos católicos. En este sentido, este *habitus* contribuiría a formar y consolidar ciertas prácticas y visiones en el partido, al mismo tiempo que el partido lo hace funcionar políticamente. Se abandonaría así la idea de que la relativa homogeneidad social de un partido político pueda ser explicada por la presencia de intereses de clase en sus adherentes o de estrategias de reclutamiento calculadas entre sus dirigentes, o la creencia en una relación mecánica entre clase e ideas políticas, para pensar en las complejas afinidades entre disposiciones, prácticas y campos.

Introducción: La militancia como proceso

Estudiar la militancia como proceso implica hacer foco especialmente en los modos y ámbitos de socialización política mediante los cuales y en los que, quienes devienen agentes políticamente activos, incorporan esquemas de interpretación y expresión del mundo político, y saberes y disposiciones para la acción en ese mundo. Se trata, en este sentido, de estudiar qué formas asume la politización en su relación con un proceso de socialización que da cuenta de una historia de prácticas en diversos ámbitos de sociabilidad y desde ciertas posiciones en el espacio social.

No nos ocuparemos, en este caso, de examinar estadísticamente cuáles propiedades sociales (nivel educativo, nivel de ingresos, género, etc.) predisponen a interesarse por la política o a militar en una organización política, sino mediante qué procesos, en qué ámbitos, y a través de qué trayectorias de prácticas sociales, aquellos agentes que devienen militantes políticos se han politizado, y qué relación puede encontrarse entre este proceso de socialización política, la forma que asume su politización, el modo de entrada en la militancia, la organización política en la que se participa y las prácticas militantes que desde allí se desarrollan. Así, sin recaer en un individualismo biográfico, nos interesaremos por los procesos de socialización política que, desde lo biográfico individual, nos informan acerca de ciertas formas de relacionarse con la política que son el resultado de experiencias compartidas en ámbitos de sociabilidad propios de ciertos grupos sociales.

Más concretamente, en el caso de este trabajo nos ocuparemos de examinar una cuestión puntual referida a la socialización política y a los procesos de politización de los jóvenes que militan en el PRO de la Ciudad de Buenos Aires, a partir de una serie de entrevistas en profundidad realizadas a militantes jóvenes de este partido, que forman parte de un trabajo de investigación en curso que se encuentra aún en una etapa preliminar de avance.

En primer lugar, se buscará comprender cómo ciertas prácticas de voluntariado vinculadas a su socialización en ámbitos religiosos católicos, especialmente en colegios católicos y parroquias de sectores medio-altos y altos (recurrentes en sus propios relatos como forma de explicar los orígenes de su vocación política, sin que por ello se afirme aquí que esa sea la vía de politización predominante, ni que todos o la mayoría participe o haya participado

de estos ámbitos) contribuyen a dar forma a una concepción de la política entendida como un “ponerse al servicio” y a ciertas prácticas militantes afines a las lógicas de las prácticas de voluntariado aprendidas en ámbitos religiosos católicos. Al mismo tiempo, nos preguntaremos por las continuidades y rupturas respecto a estas prácticas de voluntariado, en tanto la entrada a un partido político es en muchos casos vivida como un quiebre respecto a aquella otra forma de intervención, percibida como aislada e insatisfactoria, al tiempo que se presentan en los relatos líneas de continuidad (y de causalidad) entre una y otra.

En este sentido, este habitus -que es, al mismo tiempo, una manifestación de un habitus de clase- contribuiría a formar y consolidar ciertas prácticas y visiones en el partido, al mismo tiempo que el partido lo hace funcionar políticamente. Se abandona así la idea de que la relativa homogeneidad social de un partido político pueda ser explicada por la presencia de intereses de clase en sus adherentes o de estrategias de reclutamiento calculadas en sus dirigentes, o la creencia en una relación mecánica entre clase e ideas políticas, para pensar en las complejas afinidades entre disposiciones, prácticas y campos.

Socialización política, politización, compromiso militante.

Para acercarnos a esta tarea, debemos primero echar luz sobre el concepto de socialización política. A riesgo de simplificar un campo de estudios complejo y con historia propia, podemos decir que los trabajos sobre socialización política han oscilado entre dos modelos explicativos en disputa¹.

Por un lado, el enfoque conocido como “modelo de la persistencia” ha centrado su interés en los efectos duraderos de las experiencias preadultas, en especial de la socialización primaria, y en el papel de la familia en la transmisión de pautas de valor y actitudes respecto a la política, dando lugar a una reproducción inter-generacional de comportamientos y preferencias políticas entre grupos sociales. Así, las disposiciones de los padres serían mecánicamente heredadas por sus hijos, quedando fuera de toda

¹ Para un estado del arte exhaustivo y referencias bibliográficas a obras representativas de cada uno de estos enfoques, puede consultarse a Bargel (2009), Fillieule (2013), e Ihl (2002).

explicación tanto el proceso y los mecanismos mediante los cuales se produciría esta transmisión, como también las causas de los cambios inter e intra-generacionales.²

En la vereda opuesta, encontramos aquellos enfoques que presentan modelos “abiertos”, que sugieren que las disposiciones pueden cambiar potencialmente a lo largo de la trayectoria de vida de los agentes, sin que exista una preminencia de una etapa por sobre la otra. Este tipo de enfoques abren las puertas a estudios procesuales, que permitan estudiar el impacto de las trayectorias en los modos de relacionarse con la política, esto es, tanto el efecto de ciertas prácticas de socialización política en la vida adulta (como la participación en una organización política, en una huelga laboral o en una manifestación, por nombrar algunos ejemplos), como del papel que juegan ciertas instancias del ciclo de vida (entrada al mercado de trabajo, matrimonio, movilidad geográfica, etc.) y determinados eventos sociopolíticos (crisis sociales, ofertas políticas polarizadas, debates públicos intensos, golpes de Estado, entre muchos otros) en los procesos de politización y en la entrada (o salida) de la militancia.

Una versión radicalizada del modelo “abierto” es la que proponen las teorías de la *rational choice*. Desde esta perspectiva, las actitudes y disposiciones hacia la política no sólo pueden transformarse a lo largo de la vida adulta, sino que tienden a hacerlo, en virtud de una constante revisión racional, calculada e informada, que permitiría a los agentes posicionarse alternativamente de acuerdo a las características cambiantes de la oferta política. Más allá de los logros de este enfoque a la hora de plantear sofisticadas modelizaciones matemáticas, consideramos que son escasos los aportes que pueden hacerse desde esta perspectiva al problema que nos ocupa.

Si un excesivo énfasis en la socialización primaria y en la familia como agencia socializadora anula la posibilidad de un análisis procesual de la militancia, dando lugar a explicaciones de reproducción mecánica sumamente insatisfactorias en las que ciertas disposiciones son transmitidas sin más de padres a hijos, los modelos “abiertos” (aun cuando no compartan ninguno de los supuestos de las teorías de la elección racional) corren el riesgo de negar el peso específico que tiene el origen social en la configuración de una

² Modelos alternativos, pero basados en la lógica de la persistencia, han sugerido que es durante los “años impresionables”, esto es, durante la adolescencia y primera juventud, que se tienden a configurar aquellas disposiciones y actitudes frente a la política, que persistirán durante la vida adulta (Fillieule, 2013).

determinada trayectoria, en la posibilidad objetiva de acceso a ciertas prácticas politizadoras y en el efecto diferencial que la experiencia de determinados eventos sociopolíticos puede tener en la politización de los agentes sociales.

Así, si es cierto que la socialización política y los procesos de politización permanecen abiertos a lo largo de las trayectorias sociales, pudiendo ciertas prácticas y determinados eventos del contexto sociopolítico tener un fuerte impacto en los modos en los que la política es pensada y actuada, también es verdad que no se parte nunca de *foja cero*. Con esto queremos decir que si bien es cierto que una experiencia de militancia en una organización política, o de participación en un voluntariado solidario, para dar un ejemplo que aquí examinaremos, cumple un papel relevante en la socialización política y en el tipo de relación con la política que establece un agente, pudiendo estas experiencias resultar fundamentales en la transformación de ciertos esquemas cognitivos acerca del mundo político o en la activación de determinadas disposiciones para la acción política, es necesario remarcar que no todos los agentes se encuentran en las mismas condiciones, esto es igualmente predispuestos (y habilitados) en un sentido sociológico, a participar de este tipo de prácticas o que, en todo caso, los efectos de estas experiencias, al igual que los efectos de los eventos sociopolíticos, serán diferenciales en función de ese punto de partida, esto es, de aquel habitus primario que tiene su origen en la experiencia duradera en cierta posición en el espacio social.

Si ese punto de partida que es el habitus no implica una determinación mecánica de la politización de los agentes sociales es porque su misma constitución es resultado de prácticas sociales y por lo tanto, es el resultado no sólo de un origen sino también de una trayectoria. En este sentido, el hecho de que el habitus -entendido como un conjunto de esquemas cognitivos incorporados que son el resultado de las estructuras sociales, al tiempo que estructuran las prácticas de los agentes (Bourdieu, 2007; Bourdieu y Wacquant, 2005)-, en su conjunción con cierta dotación de capitales económicos, culturales y sociales (Bourdieu, 2001a), predisponga a los agentes ciertos a tipos de prácticas y los aleje de otras, los acerque a determinados ámbitos de sociabilidad y los distancie de otros, esto es, habilite determinadas líneas de acción y dificulte otras, y por lo tanto tenga un papel central en la configuración de una trayectoria social, esto no nos cierra las puertas a pensar en el

carácter procesual de la politización y en la pregunta acerca de cómo (es decir, bajo que formas, mediante qué mecanismos, en qué ámbitos sociales) se socializan políticamente y se politizan diversos grupos sociales, *dada* cierta posición en el espacio social.

Aun afirmando la “histéresis” del habitus primario, resta conocer cómo ese habitus se pone en juego (o se pone a jugar) en ciertos campos, cómo la práctica en esos campos da lugar a habitus específicos (en nuestro caso, habitus políticos o habitus militantes –Bourdieu, 2001b-) y hasta qué punto ciertas experiencias tanto en el nivel *micro* (de las trayectorias de vida), como en el *meso* (de las organizaciones y ámbitos de sociabilidad) y en el *macro* (de los procesos sociopolíticos), son capaces de transformar, o más bien, de seguir dando forma a ese habitus.

En este sentido, captar el proceso dinámico de la politización no implica renunciar a un enfoque que pueda integrar lo micro, lo meso y lo macro (Sawicki y Siméant, 2009), dando cuenta tanto de la relación entre las posiciones estructurales en el espacio social, las trayectorias individuales, el efecto de las prácticas en un campo y de un campo sobre las prácticas.

Compartimos aquí, con las reservas que hemos dejado ver, el acercamiento interaccionista al estudio de la militancia política (Fillieule, 2001; Fillieule y Pudal, 2010; Pudal, 2011; Sawicki y Siméant, 2009) que parte de una adaptación de la noción de “carrera” de Hughes, retomada por Becker (2009), como una sucesión de fases, de cambios de posiciones y de perspectivas, en las cada una de ellas debe ser considerada como un eslabón en una secuencia, que comprende una dimensión objetiva (una secuencia de posiciones ocupadas) y una dimensión subjetiva (una secuencia de perspectivas y de sentidos subjetivos de cada etapa y de la secuencia como un todo).

Esta noción de carrera debe ser necesariamente complementada con el concepto de habitus, si no se quiere correr el riesgo, ya advertido, de poner todo el peso explicativo en la secuencialidad misma (cada etapa condiciona la subsiguiente, al mismo tiempo que se ve condicionada por la anterior y por el sentido que se le asigna al recorrido), descuidando el hecho de que la carrera ha comenzado tiempo antes de que sonara el disparo. Siguiendo con la metáfora, a su vez, olvidar este carácter secuencial y configuracional de la carrera –en el

sentido antes explicitado- para dar lugar a una visión balística de la trayectoria, es decir de una trayectoria que se explica desde su punto de origen, nos privaría de la posibilidad de un verdadero estudio procesual de la militancia política.

Con estos elementos estamos en condiciones de sostener una definición de socialización política que reconozca, en primer lugar, su extensión temporal, su dinamismo y su carácter configuracional, al tiempo que tome en cuenta que este proceso no ocurre en el aire, sino bajo ciertas condiciones sociales, que implican condicionamientos. Definiremos la socialización política, siguiendo en parte a Fillieule (2012:349), como un proceso relacional y continuo de interiorización de esquemas de percepción y de acción relativos al mundo político, dimensión del mundo social cuya definición se encuentra contenida en esos mismos esquemas y que es, por tanto, variable y sujeta a disputas. Es decir, son esquemas de percepción, apreciación y producción de prácticas políticas, que contienen en sí mismos, una definición de aquello susceptible de ser considerado político. Vale señalar, que lejos de tratarse de un tipo de socialización diferenciada, todos los elementos de la socialización son susceptibles de funcionar como operadores de identificación y de apreciación política, en tanto estructuran la relación de los agentes consigo mismos y con el mundo social.

La socialización política es, entonces, un proceso social e históricamente determinado, que depende tanto de la posición de los agentes en el espacio social y sus ámbitos de sociabilidad, como de los contextos sociopolíticos en los que se inscriben. Asimismo, se trata de un proceso continuo y dinámico que, a pesar de encontrarse condicionado socialmente, no se restringe a los espacios de socialización primarios, sino que se configura en diversos espacios y a través de diversas prácticas de la vida social. En consecuencia, podemos afirmar que la participación en un partido político (de un movimiento social, de una asociación civil, etc.) no sólo depende de la socialización política previa y sus efectos sobre la politización de un agente, sino que debe ser considerada como una instancia de socialización política en sí misma (Bargel, 2009; Fillieule y Pudal, 2010; Fillieule, 2013; McAdam, 1989), en la que se adquieren saberes teóricos (ideológicos, discursivos, históricos, técnicos, etc.) y prácticos (destrezas, habilidades, *know-how*, etc).

En sintonía con esto, Olivier Fillieule y Bernard Pudal (2010) distinguen una serie de dimensiones de la socialización política secundaria en una organización: por una parte, ésta

puede cobrar la forma de una inculcación explícita, a través de la cual se pretende homogeneizar las formas de pensar y de actuar dentro del grupo y en nombre de él (cursos de formación, charlas, publicaciones, espacios de reflexión interna, etc.), pero la mayor parte de las veces se trata de la adquisiciones de un saber-hacer y un saber-ser, que implica la incorporación de un “sentido práctico” (Bourdieu, 2007), un dominio práctico sobre las reglas del juego político, ciertos modos de decir y de hacer, cierta visión del mundo, cuya adquisición es el resultado mismo de las interacciones, más que de una formación explícita. A su vez, la socialización en una organización supone la redefinición de las identidades individuales y colectivas, al mismo tiempo que se redefinen las redes de sociabilidad.

Ahora bien, el proceso de socialización política puede dar lugar a diversos tipos de relaciones con el mundo político (cualquiera sea la definición consagrada como “legítima” en cierta comunidad de sentido) y a capacidades dispares de otorgar un sentido político a determinadas capas del mundo social. Con esto queremos decir que si bien toda socialización supone la adquisición de esquemas de percepción del mundo político y disposiciones para la acción en él, es decir, que toda socialización supone, en mayor o en menor grado, una socialización política, no toda socialización política resulta en una “relación de implicancia” con el mundo político, y la más de las veces da lugar a una “relación de distancia”, que tiene como frontera (típico-ideal) una apatía política, esto es, una total indiferencia respecto a la política, producto de una total privación de competencias que hagan posible su apreciación misma. Como veremos luego, entre una relación de total implicancia y una completa apatía, encontraremos diversos modos de relación con la política o de producción de tomas de posición (Gaxie, 2013).

En consecuencia, retomando a Daniel Gaxie (1987), definiremos aquí la politización como una atención dada al funcionamiento del campo político, un interés por la política, que implica dotar de significatividad aquello que ocurre en ella, sentirse parte y considerarse capaz de otorgarle un sentido. Cuanto más politizado está un agente, no sólo es mayor la relevancia de los fenómenos políticos en su *sistema de significatividades* (Schutz, 2008), sino que mayor es aquella capa de la realidad social susceptible de ser interpretada como “política”.

Esta capacidad de dotar de sentido a los eventos políticos supone la adquisición de ciertas competencias políticas (Gaxie, 1987, 2007), que implican tanto un dominio de los instrumentos necesarios para el (des)ciframiento del significado de los acontecimientos políticos (competencias técnicas), como del sentimiento de sentirse autorizado a intervenir en las discusiones políticas, a sentirse parte, a tomar la palabra (competencias estatutarias). Así, las competencias técnicas y las estatutarias se refuerzan mutuamente, puesto que el dominio técnico de los instrumentos que permiten el desciframiento de los significados de los acontecimientos políticos favorece el sentimiento de sentirse habilitado a tomar la palabra en y sobre ese mundo, y, al mismo tiempo, es este sentimiento de sentirse habilitado, el que favorece la adquisición de competencias técnicas. Vale la pena hacer notar que tanto las competencias cognitivas como las estatutarias se presentan de un modo diferencial entre las clases sociales, en función de la acumulación de capital cultural y simbólico.

Así, existe una relación directa entre la socialización política, la adquisición de determinadas competencias y la relación que se establece con la política. Una socialización que no provea los instrumentos cognitivos necesarios, por más rudimentarios que estos puedan ser, para la interpretación y apreciación de los productos políticos (discursos, acontecimientos, tomas de posición), sea ésta cual fuera, tiene como efecto (en un caso típico-ideal límite) la total apatía y distancia respecto a la política (lo que no debe confundirse con una toma de posición política *contra* la política, que si bien puede partir de cierto grado de incompetencia política, no es exactamente lo mismo).

Entre la total implicancia y la total distancia, los agentes suelen dotar de sentido los acontecimientos de la política desde esquemas interpretativos no estrictamente políticos (esto es, no a partir de categorías propias del campo político), pero que dan lugar a ciertas formas de interés por la política y, por lo tanto, de politización (Gaxie, 2007). Así, por ejemplo, la interpretación de la política desde esquemas morales de la vida cotidiana (que todo agente competente maneja con destreza) sirve a la producción de sentido en torno a la política y constituye uno de los principales focos de atención hacia el campo político de parte de los agentes menos politizados. De allí el éxito de audiencia que, dentro de la oferta de programas televisivos sobre política, suelen tener aquellos que se dedican a la denuncia

de las faltas morales de los funcionarios. Algo parecido podría decirse de las interpretaciones “farandulizadas” y de las lecturas privativas (en términos de la inmediata experiencia individual o familiar) de los acontecimientos políticos, todos ellos datos que los expertos en comunicación política manejan con gran experticia.

Si, como ya nos hemos ocupado de resaltar, la socialización política es un proceso continuo y dinámico, la relación con la política que de esta resulta, también lo es. Parece razonable pensar, entonces, que bajo ciertas condiciones, una relación de distancia pueda devenir en una relación de mayor implicación, es decir, en una politización. Así, una relación producida a partir de esquemas morales de apreciación, en ciertos contextos de crisis sociopolítica (de representatividad, de legitimidad de las autoridades, o como quiera llamársela), puede desembocar en un interés por la política y por los acontecimientos políticos, que dé lugar un proceso de adquisición de esquemas de interpretación políticos.

De esta forma, procesos sociales y políticos como los de la Argentina de 2001, o los de Europa o Medio Oriente en la actualidad (con todos las evidentes diferencias), pueden a partir de sentimientos de “indignación” eminentemente morales, despertar un interés por la política que active la adquisición de competencias políticas, provocando una politización en un sentido más estricto, que puede llevar a la entrada organizaciones sociales o políticas en las cuales se produzca una socialización secundaria que refuerce la politización. En este sentido, si bien consideramos que hay condiciones sociales de desposesión (cultural y material) tales que reducen fuertemente las probabilidades de este pasaje, también es cierto que el efecto de determinados acontecimientos o procesos sociopolíticos a un nivel macro, aun cuando sea diferencial entre distintos grupos sociales, debe ser tenido en cuenta tanto como factor politizador (y disparador de una socialización política secundaria) como un factor que predispone a la entrada en la militancia dentro de organizaciones políticas o sociales (Ihl, 2002).

Como veremos más adelante, así como ciertos contextos, como el argentino de la crisis de 2001, pueden favorecer un interés por la política en comienzo despertado desde principios morales, la experiencia misma de esta atención a la vida política y, fundamentalmente, la participación en acciones colectivas, puede dar lugar a una politización que, una vez superada la crisis y recuperada –parcialmente- la legitimidad de la política como actividad,

favorezca el ingreso a organizaciones partidarias. El estudio procesual de la militancia, atendiendo tanto a las trayectorias individuales como a los procesos colectivos, invita a abandonar lecturas fatalistas de la reproducción social en el ámbito de la política.

Finalmente, habiendo recorrido algunos caminos conceptuales en torno de la socialización política, la politización y sus recíprocas relaciones, debemos echar luz sobre otro concepto clave para entender estos procesos: el de compromiso militante o político. Si socialización política y politización no debían confundirse conceptualmente, tampoco deben hacerlo la politización y el compromiso militante. Así como la politización era un resultado (probable) de la socialización política entendida como proceso continuo y dinámico, el compromiso militante es al mismo tiempo un resultado (probable) de ambas, por un lado, y de una experiencia duradera y continuada en el campo político y en una organización partidaria o social, que también puede ser entendida como un campo. En este sentido, ni la politización ni la entrada en la militancia tienen como resultado inmediato o directo la asunción de un compromiso con ciertas prácticas militantes y organizaciones políticas. Mientras la politización implicaba un cierto “sentido del juego” político, el compromiso implica lo que Bourdieu (2001b) llama *illusio*: una adhesión fundamental al juego mismo resultado de una inversión en el juego que implica un reconocimiento de que éste vale la pena ser jugado porque vale la pena aquello que está en juego.

Como plantea Becker (1960) -en una noción de compromiso que puede ser puesta en diálogo con la de *illusio* de Bourdieu, tanto como podía ponerse en diálogo la noción interaccionista de carrera y la bourdiana de trayectoria- el concepto de compromiso da cuenta del mecanismo por el cual acciones pasadas vinculan intereses extraños a una línea de actividad consistente. En este sentido, las “apuestas” pasadas restringen el campo de acción y hacen posible el interés por el mantenimiento de ciertas líneas de actividad. El militante, en tanto agente comprometido, no sólo participa políticamente, sino que ha organizado su vida en torno a esa actividad.

Así, a la inversa, el desinvolucramiento no sólo implica dejar de participar en política o en determinada organización, sino principalmente reconfigurar su propia identidad personal y política, su presentación de sí ante los otros, sus redes de sociabilidad, sus vínculos afectivos o de amistad con los demás militantes, su situación laboral, etc. (Fillieule, 2010).

Más allá de las imágenes románticas del compromiso, encontrarse comprometido, en el sentido sociológico del término, implica haber desarrollado un sistema de intereses materiales y simbólicos ligados a la actividad militante (Gaxie, 1977, 2005).

El PRO en su contexto sociopolítico.

Habiendo superado una de las peores crisis sociales, económicas y políticas de su historia reciente, la Argentina posterior a 2001 asistió a un proceso de reconfiguración de su espacio social, y con él, de su campo político. Por un lado, el Estado comenzó a cobrar un papel cada vez más central como actor social y económico, recuperando para sí una legitimidad y una capacidad de agencia fuertemente erosionadas en las décadas previas. En sintonía con este proceso, pudo verse la capacidad de los actores del campo político para rearticularse y construir nuevas formas de legitimación en un contexto que ha sido analizado generalmente como de crisis de representatividad, de fragmentación y de desafección política generalizada. Así, los partidos políticos tradicionales o sus dirigentes - dentro o fuera de sus organizaciones de pertenencia- lograron reacomodarse en el espacio público, al tiempo que surgían nuevos emprendimientos políticos. La política como actividad y lo público como esfera de la vida social comenzaban entonces a recuperar algo del prestigio perdido durante la década pasada.

Subsidiario de este proceso post-2001, el PRO tiene su origen en la Fundación Creer y Crecer, proyecto conjunto del empresario y entonces presidente del Club Boca Juniors, Mauricio Macri, y el empresario Francisco De Narváez, cuyo objetivo era consolidar un equipo técnico que (con la colaboración de otro *think tank*, el Grupo Sophia de Horacio Rodríguez Larreta) diera sustento programático a sus candidaturas en la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires, respectivamente. Disuelta por desavenencias en torno a las candidaturas de sus fundadores, Creer y Crecer derivó en Compromiso para el Cambio (CpC), partido que llevó a Macri como candidato a Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2003. Además de algunos de los miembros de los equipos de la Fundación Creer y Crecer y del Grupo Sophia, se unieron a CpC algunos antiguos integrantes de la fuerza liberal-conservadora UCeDé, pequeños partidos como el Partido Federal, el Partido Demócrata y el Partido Demócrata Progresista, y grupos radicales y justicialistas porteños que habían abandonado sus partidos durante la crisis de 2001.

Luego de aquella primera experiencia electoral de 2003 en la que Macri gana la primera vuelta, pero es derrotado en el *ballotage* por el entonces Jefe de Gobierno, Aníbal Ibarra; en las elecciones legislativas de 2005 CpC logra, en alianza con el partido Recrear (una fuerza liberal-conservadora fundada por el ex ministro del gobierno de De La Rúa, Ricardo López Murphy, que luego se fusionaría en el PRO, ya sin su fundador), ganar las elecciones en la Ciudad de Buenos Aires con una lista de diputados nacionales encabezada por Macri. Surgía durante estas elecciones la “Alianza Propuesta Republicana”, cuya marca y apócope “PRO” terminó consolidándose como sello partidario. En las elecciones por la jefatura de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de 2007, el PRO lograría triunfos holgados en primera y segunda vuelta, consagrando a Macri como Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, performance que se repetiría nuevamente en 2011, y frente al mismo contrincante, el kirchnerista Daniel Filmus.

Se aglutinan actualmente en el PRO miembros residuales de los partidos tradicionales (PJ y UCR) y de partidos de centro-derecha o liberal-conservadores (UCeDé, Recrear), con actores provenientes del mundo empresarial y del *management* (Grupo Socma, Boca Juniors) sin experiencia partidaria previa, y actores formados en los ámbitos de la *expertise* técnica, las fundaciones y los *think tanks* (Grupo Sophia, Fundación Creer y Crecer), algunos de los cuales poseían experiencias en la gestión pública (ANSES, PAMI, Ministerio de Desarrollo Social) durante la década anterior (Mattina, 2012; Morresi y Vommaro, 2012). Más recientemente, el PRO ha sumado a sus filas, a través del ofrecimiento de candidaturas, a dirigentes de organizaciones de la sociedad civil (Fundación Argentina Ciudadana, Poder Ciudadano, Asociación Conciencia, COAS, entre otras), a figuras del mundo del espectáculo y del deporte (en los distritos del interior del país), al tiempo que comienzan a ocupar cargos electivos y partidarios algunos de sus dirigentes juveniles, formados en el seno del partido.

La militancia juvenil del PRO como caso de estudio.

A esta amalgama compleja de orígenes, trayectorias y redes de reclutamiento que nutren al partido, debemos agregarle el desarrollo de formas de participación de base, fundamentalmente de militancia juvenil, institucionalmente demarcada en una organización interna del partido denominada “Jóvenes PRO”. Esta agrupación juvenil, nacida bajo el

nombre de “Identidad” durante las primeras épocas de CpC, ha ganado una creciente visibilidad y expansión dentro del partido en los últimos años, a partir de la proliferación e integración en la misma de una serie de líneas internas (“Generación Argentina Política”, “La Macacha”, “La 24”, “Proyección Federal”, “Consensuar”, “La Frondizi”, entre otras) que responden a diversos referentes del partido, y que dan cuenta de la ya mencionada heterogeneidad del espacio, a las que además deben sumársele otros espacios juveniles no integrados a la rama juvenil partidaria pero que integran la militancia del PRO (como la agrupación del PRO-peronismo “La Solano Lima”).

El período abierto luego de 2001/2003 da cuenta de una revitalización de la militancia juvenil y de la participación y politización de los jóvenes. La novedad reviste una doble dimensión: por un lado, se multiplica la participación de las generaciones jóvenes en la vida política, y por el otro, la noción misma de “juventud” se recupera como una categoría políticamente movilizable y cargada de connotaciones político-morales (renovación, regeneración, nueva política, etc.). La expansión de las corrientes juveniles de los partidos, y fundamentalmente su mayor visibilidad en diversos movimientos políticos (desde “La Cámpora” a “Jóvenes PRO”), se vio acompañada de una apelación creciente por parte de la dirigencia política hacia los “jóvenes” como categoría social, y de una problematización y debate público del papel de las generaciones jóvenes en la vida política.

A pesar de la presencia de las organizaciones militantes juveniles en las discusiones públicas, y del interés que ha despertado la politización de los jóvenes en la última década dentro del campo político y periodístico, la producción de conocimiento académico, sistemático y riguroso acerca de estos procesos recientes es todavía incipiente. La problematización pública de la militancia juvenil de la última década, no ha tenido su contrapartida en una suficiente problematización teórica e investigación empírica dentro de las ciencias sociales argentinas.

Estudiando la militancia de jóvenes en el PRO pretendemos corrernos, en primer término, de los t picos recurrentes en los estudios acerca de la relación de los jóvenes con la política y acerca de la militancia juvenil desde la transición democrática, poco o nada dispuestos a preguntarse por la militancia en partidos visualizados como de centro-derecha o liberal-

conservadores³, por un lado, o directamente poco interesados en pensar la participación de jóvenes dentro de los partidos políticos -para el período inaugurado a fines de los '80 y posiblemente porque no era esta la forma más saliente ni predominante-, o por el contrario, tan enfocados en buscar formas de participación tradicionales “perdidas”, que no pudieron más que observar un desapego de los jóvenes hacia la política⁴.

En la sección siguiente presentaremos algunas reflexiones basadas en una investigación en curso que se encuentra aún en un estado preliminar de desarrollo. El objetivo, lejos de pretender presentar aquí resultados conclusivos, será más bien plantear algunas hipótesis interpretativas, líneas futuras de exploración y preguntas de trabajo.

Nos basaremos en 10 entrevistas en profundidad realizadas en el primer semestre de 2013 (a excepción de una realizada en 2012) a jóvenes que militan en el PRO (6 hombres y 4 mujeres) y que integran o integraron el Comité Ejecutivo de la agrupación en la Ciudad de Buenos Aires y/o son integrantes de las Juntas Comunales de la Ciudad en virtud de su militancia juvenil en el partido. Por el modo en el que se ha dado la división de los cargos dentro de la juventud partidaria, los entrevistados integran diversos espacios internos del PRO, aunque no todos los existentes. Todos ellos trabajan en el Gobierno de la Ciudad, en la Legislatura porteña o en las Comunas. Sus edades van de los 24 a los 30 años. Todo ellos cuentan con estudios superiores en curso o completos, y (excepto dos) se han educado en instituciones confesionales católicas en el ciclo medio y/o en el superior, con una presencia

³ No pretendemos emprender aquí la tarea de ubicar al PRO en una escala izquierda-derecha dentro de la oferta política, para lo cual consideramos que deberíamos examinar fundamentalmente sus políticas públicas en el Gobierno de la Ciudad, y el comportamiento de sus bloques de legisladores nacionales y porteños. Diremos, sí, que una encuesta realizada a sus cuadros dirigentes muestra que tienden a ubicarse a sí mismos hacia la derecha del centro (Morresi y Vommaro, 2012). En lo que respecta a su electorado, estudios de regresión ecológica muestran que el PRO habría logrado, en sus primeras experiencias electorales, conservar para sí aquel nicho de electores que tradicionalmente votaban a los partidos de centro-derecha en la Ciudad de Buenos Aires (Alessandro, A., 2009). Respecto al autopoicionamiento de los jóvenes militantes entrevistados, podemos decir que si bien algunos de ellos se definen como de centro-derecha o como conservadores, otros buscan despegarse de lo que consideran una imagen estereotipada del PRO, manifestando su distancia respecto a las posturas más conservadoras de sus dirigentes como el rechazo que la mayoría de su bloque de diputados dio a la Ley de Matrimonio Igualitario, y presentando esta diversidad de posiciones como algo que justamente les atrae del PRO. La despenalización del aborto, en términos generales, despierta su resistencia, aunque con argumentos más liberales que religiosos. Si bien todos dicen defender un “Estado presente” (pero no “interventor”, aclaran algunos), se muestran por lo general muy críticos hacia las políticas sociales del Gobierno Nacional, por considerarlas una forma de “asistencialismo”. En materia económica suelen definirse como “desarrollistas” y al momento de preguntárseles por alguna experiencia de gobierno histórica que reivindicuen, la mención más frecuente (y quizás sorprendente) es al “primer peronismo” y al gobierno de Frondizi.

⁴ Para un estado del arte acerca de los estudios sobre juventudes y política en Argentina desde los años '60 a la actualidad, puede leerse a Bonvillani *et. al.* (2010).

saliente de la Universidad Católica Argentina en el caso de los estudios universitarios (la mitad de ellos), y de las carreras de Ciencias Políticas y Derecho (siete de ellos).

También, se tomará en cuenta para la interpretación de las entrevistas, el trabajo de campo de observaciones participantes llevado a cabo en actos y reuniones de la juventud PRO, como así también la lectura de algunas de sus publicaciones internas, sitios web, entrevistas periodísticas y otras fuentes secundarias.

Los temas elegidos no responden al criterio cuantitativo de la frecuencia, sino a su relevancia para los problemas teóricos que hemos examinado hasta aquí. Más allá de que las experiencias en voluntariados solidarios dentro del ámbito católico tienen una significativa presencia en las entrevistas realizadas, no estamos en condiciones de afirmar que constituyan una forma predominante de socialización política y politización para los jóvenes que militan en el PRO, si bien consideramos que revisten la suficiente relevancia como para tratarlas aquí a la luz de los problemas teóricos que venimos desarrollando. Exploraremos entonces algunas de las formas de socialización política y politización, dejando en claro que existen otras de igual peso y relevancia, que serán estudiadas en profundidad en otros trabajos.

De misionar a militar: el paso por voluntariados solidarios en ámbitos religiosos católicos como forma de socialización política.

Como hemos desarrollado en profundidad en las secciones precedentes, la socialización política es un proceso continuo y dinámico de adquisición de esquemas para la interpretación del campo político y de disposiciones para la acción en él. Estudiar este proceso desde la perspectiva que hemos planteado implica identificar y analizar aquellos ámbitos en los que se produce la socialización política de ciertos grupos sociales (en distintos momentos de la vida de los agentes), para interpretarlos en su relación con procesos sociopolíticos de mayor alcance en el que aquellas prácticas de sociabilización se encuentran insertas.

Partimos de la base de que no alcanza con detectar las propiedades sociales que estadísticamente predisponen a interesarse por la política o a intervenir en ella, sino que es necesario dar cuenta de su transformación en disposiciones, a partir del estudio de prácticas

sociales concretas en ámbitos determinados, esto es, del estudio de los modos en los que ciertas propiedades sociales son socialmente activadas, y cómo estas formas de socialización configuran tanto las formas de relacionarse con la política y de interesarse por ella, como los espacios que se eligen para participar.

En este sentido, las experiencias duraderas en voluntariados solidarios en ámbitos católicos aparecen entre los jóvenes que militan en el PRO, en el relato de sus propias trayectorias, como instancias significativas en las que comenzaron a interesarse por la política y vislumbraron una “vocación” que años más tarde realizarían a través del ingreso a la militancia política.

Se trata, en todos los casos, de experiencias de acción solidaria en el marco de organizaciones católicas de la zona norte de la Ciudad de Buenos Aires y de su conurbano, en algunos casos concebidas como actividades eminentemente parroquiales y más fuertemente vinculadas a lo religioso, aunque con una dimensión de intervención solidaria, y en otros casos, como actividades fundamentalmente solidarias pero llevadas a cabo desde ámbitos religiosos. Los espacios en los que desarrollan estas actividades son, por una parte, colegios privados católicos de sectores medio-altos y altos, parroquias de estos colegios y parroquias por fuera del ámbito escolar. En el caso de las actividades desarrolladas en escuelas son de tipo voluntario y extracurricular. Se trata, en todos los casos, de experiencias realizadas durante varios años y en forma habitual, durante los últimos años de la escuela secundaria, prolongándose en algunos casos durante los años universitarios. Si bien no todos los militantes del PRO entrevistados pasaron por estos voluntariados, varios de los que no lo hicieron, como veremos más adelante, se encontraban altamente familiarizados con estos espacios y pudieron dar razones por las cuales no habían participado.

Como ya hemos planteado, si bien no todos los agentes se encuentran igualmente habilitados para participar de estos voluntariados, y quienes lo hacen cuentan ya con un cierto habitus que los predispone en cierta medida a integrarse a este tipo de espacios (además de que se trata de espacios sociológicamente cerrados a ciertos grupos sociales medio-altos y altos, por el tipo de escuelas y barrios en los que se encuentran las parroquias) entendemos que este tipo de prácticas tienen un impacto considerable en el

desarrollo de ciertos intereses, como así también de competencias y saberes, fundamentales para la activación política. Esto es, que si bien el paso por estos espacios se encuentra abierto casi exclusivamente a quienes pertenecen a grupos sociales económicamente privilegiados, con –en mayor o menor medida- altas dotaciones de capital cultural y económico, cumplen un papel relevante al momento de configurar ciertos modos de politización y acercamiento a un partido político.

Como lo señalan otros trabajos sobre temas similares (McFarland y Thomas, 2006), la participación durante la adolescencia en organizaciones de voluntariado y en otras formas de acción colectiva, implica la puesta en práctica de una serie de actividades en las que tiende a desarrollarse el habitus político. Así, en estos ámbitos de voluntariado se desarrollan capacidades de intervención colectiva, se adquieren destrezas para la acción con otros, se configuran sentimientos de pertenencia e identidad colectiva, se adquieren saberes y se establecen redes de relaciones que favorecen la participación política.

Como estas prácticas que estudiamos aquí se desarrollan en provincias del interior o en distritos del conurbano bonaerense alejados de sus barrios, el pasaje por el voluntariado (nombrado habitualmente como “misión” o “ir a misionar”) aparece como la primera experiencia de sus vidas en la que entran en contacto, en forma directa y personal, con otra realidad social, ajena a los círculos familiares y cotidianos, y a los espacios de la Ciudad de Buenos Aires por los habitualmente transitan. Esta instancia, una suerte de bisagra en sus relatos, cobra la forma de un rito iniciático simbolizado por la figura del viaje y la estadía fuera de sus casas y sin sus familias durante varias semanas.

Este contacto es, fundamentalmente, un contacto con la pobreza, con condiciones de vida extremadamente alejadas a las suyas, contacto que resulta impactante en un primer momento, y que los compromete a seguir participando y a involucrarse en la misión. Se trata de un momento de sensibilización social y política en el que advierten sus privilegios sociales a partir de “vivir” la pobreza en sus propios cuerpos durante algunas semanas al año o todos los sábados del mes, pero también de una experiencia gratificante, de aprendizaje, de crecimiento y de satisfacción de una vocación por lo social.

“Ahí fue como el inicio, porque yo vivía acá en Capital, toda mi vida [en el] mismo colegio, [con las] mismas amigas, [en la] misma casa... vivía en mi mundillo de Belgrano, siempre

en el mismo lugar, y para mi ir a ver esa realidad en Jujuy, las condiciones en las que estaba esa gente fue muy chocante (...) Yo la pasé mal tres semanas, yo digo: esta gente vive todos los días con esta situación.” (Marcela, 27 años)⁵

“Por un lado las actividades solidarias que en el colegio tienen el nombre de misiones, digo las misiones a Río Negro o a La Rioja, que eran optativas, que yo en su momento elegí participar por primera vez, si no me equivoco, en tercer año, que era la primera vez que uno podía participar, y mi experiencia fue tan buena que elegí seguir participando. Pude así conocer otra realidad, eso de estar durante dos semanas a la par trabajando, sobre todo, digo en mi caso, además, en algo que no conocía así que era un aprendizaje permanente.” (Adrián, 29 años)

“A partir del secundario yo tenía como mucha vocación por lo social, por un lado quizás más pastoral, participaba mucho de distintos voluntariados, a través del colegio, de acción social o con gente con discapacidad. Mis misiones, fui a misionar 5 o 6 años con el colegio en un grupo de misión.” (Martín, 24 años)

Así, del contacto con una realidad de pobreza, con otros territorios y otra gente, nace la idea de que es necesario “hacer algo”, y es a partir de salirse del círculo más inmediato de su experiencia habitual, que vislumbran una vocación por la política, que en algunos casos canalizan directamente por la militancia, y en otros los lleva a elegir estudiar Ciencias Políticas o Derecho como modos de adquirir herramientas para la acción.

“Fui al Cardenal Newman, que queda en Boulogne, en San Isidro. Y a partir de ello, de estar mucho en ese trabajo, cuando había que decidir qué estudiar me incliné por Ciencia Política, pero pensando que la Ciencia política era hacer política... Sin tanta exploración entré en Ciencia Política como, bueno, [una forma] de querer influenciar en lo público, desde la acción concreta. Como que la Ciencia Política te daba herramientas o instrumentos para eso. Después cuando entré a la universidad me di cuenta de que nada que ver, que era totalmente distinto. Es más, estudié en la Universidad de San Andrés, que tenía un campo, un marco de estudio muy académico” (Martín, 24 años)

“Tenía una tensión entre derecho que es la carrera que eligieron mis viejos en su momento, los dos son abogados, y Ciencias Políticas o Relaciones Internacionales y terminé eligiendo estudiar Derecho en la UCA (...) Ciencias Políticas o Relaciones Internacionales eran opciones porque evidentemente me interesaba la cosa pública, la participación, la política” (Adrián, 29 años)

“Cuando decido estudiar Ciencias Políticas, yo veía que había distintas formas: podía canalizar mi participación a través de una ONG o una organización del tercer sector, que no me gustaba (...) Yo creía que el rol del Estado era fundamental” (Marcela, 25 años)

Sin embargo, en esta idea de que es necesario “hacer algo”, algo que no se reduzca meramente a una actividad solidaria, se encuentra más o menos explícita la percepción de que es desde el Estado que puede y debe actuarse para intervenir sobre la realidad social,

⁵ Todos los nombres de los entrevistados han sido modificados para preservar la confidencialidad de las entrevistas realizadas.

puesto que cualquier otra forma de acción colectiva, y en especial la de los voluntariados, constituye una intervención aislada, un “parche” que no soluciona los problemas y que no sólo no resulta satisfactoria desde el punto de vista de sus resultados, sino que no satisface su vocación.

“Ya tenía un claro interés por la política y el deseo de involucrarme en algún partido político entendiendo que lo que yo sentía era que en cualquier otro ámbito que uno colabore terminaba siendo un ámbito finito, un ámbito limitado” (Adrián, 29 años)

“Lo que me fui dando cuenta en un proceso fue que a través de la acción social, la actividad de voluntariado, no iba a poder hacer ningún cambio a gran escala, no iba a poder hacer ningún cambio significativo, lo que sí iba a poder hacer era aportar mi grano de arena, lo cual incentivo a que toda la gente lo haga, pero no era lo mío, o sea, yo quería dar un paso más” (Martín, 24 años)

Y esto no sólo es así por el hecho de que el Estado tenga una capacidad de intervención global, sino porque el Estado mismo es un problema, o más precisamente, quienes lo gobiernan. Así, no sólo es necesario participar en política para llevar adelante cambios a gran escala, sino que es necesario participar para que el gobierno deje de estar en manos corruptas:

“Yo creí, cuando me metí en política que el problema era el Estado, el problema es que el Estado es un Estado corrupto, lo sigo pensando, producto de la gente que lo gobierna. Entonces si vos tenes un gobierno donde las cosas funcionen más o menos bien, las cosas van a estar mejor” (Marcela, 25 años)

En este sentido, las prácticas de voluntariado solidario tienen una relación ambivalente con la politización de estos militantes. Por un lado, son experiencias de sensibilización social y política en las que entran en contacto con una realidad social que los compromete, en las que adquieren saberes y destrezas para la acción colectiva, y descubren su vocación por la política. Son los mismos militantes quienes reconocen una relación de causalidad entre las misiones y la militancia, y cuando se les pregunta cómo fue que comenzaron a interesarse por la política, suelen iniciar el relato con estas prácticas formativas.

Sin embargo, al mismo tiempo, el pasaje a la militancia política implica una suerte de ruptura con los voluntariados, puesto que es a partir de un cierto desencantamiento respecto a la eficacia y al impacto de lo que están haciendo, que comienzan a interesarse por participar activamente en un partido político, como forma de satisfacer esa vocación social o política y dar “un paso más”.

Los militantes entrevistados que no participaron en forma habitual de este tipo de espacios, generalmente se encontraban familiarizados con los mismos, ya sea porque participaron durante un período breve alentados por familiares que sí son voluntarios o misioneros, o porque sus padres participan habitualmente y ellos no, o bien porque participaron cuando ya militaban en el PRO y no les atrajo la experiencia. Los argumentos esgrimidos para no haber participado o por haberlo hecho sólo esporádicamente o por un período breve, son muy similares a los que presentan aquellos que sí participaron y luego eligieron militar políticamente.

“En mi colegio había misiones, que cuando era chica siempre quería ir, pero después terminé no yendo” (...) “Mis papás son muy muy muy católicos los dos, con una posición muy militante en el catolicismo, se conocieron en Acción Católica, participaban activamente (...) [Yo nunca participé porque] no me hallé ahí.” (...) “Lo solidario tampoco me llama en sí porque me parece una acción aislada, de parche, que me parece muy valiosa, pero no me parece un heroísmo” (Andrea, 25 años)

“Una vez tuve un intento de ir a la Acción Católica. Creo que duré una semana. Creo que el grupo que tiene la Iglesia, de la Acción Católica es muy bueno, cuando fui, se manejan muy bien, pero no me llama la atención” (Fabiana, 25 años)

Ahora bien, no todos viven este pasaje de los voluntariados a la militancia como una ruptura. Una militante con una larga trayectoria en voluntariados tanto en un colegio católico como en una iglesia del barrio de Recoleta, relata su ingreso a la política como una continuidad con esas experiencias:

“Me metí en política porque me gusta dar y me gusta ayudar y creo que encontré un canal a través del cual puedo hacer y el espacio éste [el PRO] lo sentí como familiar, me sentí cómoda” “[Luego de haber dejado las misiones en la Iglesia] empecé a misionar por otro lado, y éste es uno” (Susana, 28 años)

Como lo habíamos anticipado, nos interesa reflexionar aquí no solamente acerca de cómo se forman ciertos habitus militantes, cómo se socializan políticamente y se politizan quienes participan activamente de un partido como el PRO, sino cómo esos habitus, en tanto no son meramente individuales sino grupales, sirven para configurar al partido, su visión de la política y las prácticas que los militantes desarrollan desde allí; y al mismo tiempo, cómo esa afinidad entre habitus y campo (partido) resulta para los militantes una razón para participar de forma duradera. Por otra parte, resulta interesante pensar cómo el partido activa y pone a funcionar políticamente esos habitus formados en este tipo de ámbitos ligados al mundo católico y a las clases media-altas.

Debemos adelantar que no estamos en condiciones de responder ninguna de esas preguntas. Intentaremos, en cambio, aproximar algunas hipótesis de trabajo.

La politización de los militantes jóvenes del PRO entrevistados se encuentra vinculada a las experiencias de voluntariado solidario, como hemos visto en algunos casos, y/o a la presencia de un medio familiar altamente politizado o con antecedentes políticos, y/o se desencadena (o intensifica) a partir de la participación en centros de estudiantes de universidades privadas, entre otras. También aparece ocupando un papel importante el cursado de carreras de Ciencias Políticas, que refuerza un interés preexistente, y la entrada, sin militancia previa, como empleados al Gobierno de la Ciudad o a un despacho legislativo del PRO.

Al menos entre los militantes entrevistados, ninguno (excepto uno, para ser precisos) llega al PRO a partir de una afinidad explícitamente ideológica, o por una opinión formada de coincidencia programática con sus políticas de gobierno (en el caso de quienes ingresan al partido luego de 2007). Muchos manifiestan no recordar exactamente qué pensaban del PRO años antes de ingresar o si lo votaban. En todos los casos, excepto uno, la entrada al PRO no supone la elección deliberada de participar en ese partido concreto, sino que responde a la existencia de redes de amigos y familiares en las que contaban con algún conocido que ya era militante (o dirigente) o que los podía poner en contacto con alguno. Lo que sí es un elemento común es que todos tienen al momento de acercarse al PRO, por un lado, la voluntad de participar de un partido político y, por el otro, una clara posición opositora al kirchnerismo.

Tomando en cuenta que todos excepto uno llegan al partido por una coincidencia ideológica o programática explícita (aunque sí con una posición antikirchnerista y de disconformidad respecto al Gobierno Nacional) y que el primer contacto es a través de redes familiares o de amigos, la cuestión no es tanto cómo llegan, sino por qué desarrollan allí una militancia estable y duradera. En ese sentido, el último extracto de entrevista citado puede darnos una pista.

Si existe una afinidad, por un lado, entre los hábitos (la historia de sus prácticas, y por tanto los orígenes y trayectorias sociales) de los militantes entre sí, y entre estos y las prácticas

que el partido favorece, entonces puede entenderse por qué muchos de estos militantes se sienten cómodos en el partido, por qué lo sienten como “familiar”, por qué dicen haber encontrado allí su espacio. Es en este partido donde pueden poner en juego, hacer valer y activar políticamente aquellas disposiciones adquiridas en su socialización política previa, en el caso que nos ocupa aquellas vinculadas a las prácticas de voluntariado solidario en ámbitos católicos.

“Fiscalicé y me encantó, me sentí muy cómoda con el grupo, a dos chicos ya los conocía, y les pregunté si había otra cosa para hacer (...) Imaginate que yo venía de un mundo, no sólo de la medicina que no tiene nada que ver con la política, sino que no es que venía de la política, no entendía de partidos, del PRO sabía muy poco (...) Los jóvenes PRO estaban organizados en diferentes secretarías y una de ellas era la Secretaría de Acción Social y a mí lo social me apasiona, de toda la vida, desde el colegio siendo misionera, después en la Iglesia del Pilar, siempre. Y dije: ¡bueno, es mi lugar!” (Susana, 25 años)

“El PRO es un partido en el que lo unen cosas muy fuertes entre la gente que participa, pero no están bien expresadas” (...) “El PRO tiene una gran cantidad de gente que si no existiera el PRO no participaría en política” (Andrea, 25 años)

No estamos en condiciones aquí, por una cuestión de espacio y del estado del trabajo de campo, de hacer un análisis exhaustivo de estos asuntos, pero queremos señalar que existe una interesante afinidad entre la idea de hacer política que propone el partido desde sus dirigentes, en sus discursos públicos y en las charlas a los militantes⁶, y la socialización política a partir de las prácticas que hemos analizado, por un lado, y el discurso de la Iglesia Católica respecto al lugar de la política en la vida social. Encontramos, en las entrevistas a los jóvenes militantes del PRO una noción recurrente de la “política como un servicio a la gente”, o que el PRO hace una “política de servicio” o una “política de proximidad”, o que hacer política es “ponerse al servicio”, “estar cerca de la gente”. Más allá de cómo estas nociones, por demás abstractas, se traducen en prácticas concretas, resulta interesante que muchos de ellos piensan su militancia en términos similares a los que se piensan (ellos mismos u otros) otras actividades de índole solidario-religiosa.

No estamos aquí examinando si efectivamente “hacen lo que dicen”, sino qué dicen acerca de lo que hacen, y en ese sentido nos encontramos con el uso de ciertos *topoi* que dan cuenta de cómo la circulación por ciertos ámbitos sociales y cómo ciertas prácticas

⁶ Encontramos en las charlas o discursos públicos de algunos de los dirigentes menciones explícitas a estos conceptos y a su origen en la Iglesia, especialmente en la figura del Papa Francisco, citado in extenso por Gabriela Michetti en algunas oportunidades, por ejemplo durante el acto de Jóvenes PRO de lanzamiento de la campaña electoral de 2013.

formativas pueden moldear visiones sobre la política, alentar ciertas formas de militancia y facilitar al interior de un partido, aún de un modo no calculado, una relativa homogeneidad social.

A manera de (no) conclusión

Son muchos los temas que no han sido ni siquiera mínimamente desarrollados en este trabajo y que serán objeto de futuras indagaciones. Por un lado, como ya hemos reiterado, el pasaje por voluntariados solidarios en ámbitos católicos es sólo una forma de socialización política entre los jóvenes que militan en el PRO, y desde ya que no se encuentra presente en todos ellos. No estamos en condiciones de decir si es o no una de las más importantes en términos de su frecuencia, pero podemos afirmar con certeza que no es la única, y que en ningún caso se da aisladamente respecto a las otras. Entre ellas hemos mencionado el papel de la familia, de los centros de estudiantes, de las carreras de Ciencias Políticas y afines, y del trabajo en el la administración pública de la Ciudad. Pero, sin duda, estas prácticas sólo pueden entenderse como politizantes en tanto insertas en un contexto sociopolítico.

Es necesario examinar cuál pudo haber sido el efecto de ciertos factores sociopolíticos contextuales recientes en su socialización política, en su politización, en la decisión de participar como militantes de un partido político y, puntualmente, en el PRO. Considerando que gran parte de este proceso de rehabilitación de la política y de vuelta de los jóvenes a los partidos políticos, como así también la expansión de las organizaciones juveniles partidarias, tiene su expresión más visible en el kirchnerismo, un espacio político antagónico al PRO, en términos de los posicionamientos de los mismos actores, resultará relevante evaluar en futuros trabajos de qué modo la politización como “efecto generacional” se manifiesta diferencialmente en la relación de un cierto habitus con una determinada oferta política⁷, y cómo los mismos militantes historizan y relatan su politización en este contexto sociopolítico ante el cual, presumiblemente, se les dificulta identificarse positivamente.

⁷ Nos parece interesante la posibilidad de pensar este asunto comparativamente con el artículo de Vázquez, M. y Vommaro, P. (2012) sobre “La Cámpora”.

Referencias bibliográficas

- Alessandro, M. (2009). Clivajes sociales, estrategias de los actores y sistema de partidos: la competencia política en la Ciudad de Buenos Aires (1995-2005). *Revista SAAP*. 3(4), 581-614
- Bargel, L. (2009). Socialisation politique. En O. Fillieule *et al.* (dir.) *Dictionnaire des mouvements sociaux* (pp. 510-517). Paris: Presses de Sciences Po.
- Becker, H. (1960). Notes on the concept of commitment. *The American Journal of Sociology*. Vol.66, N°1, 32-40.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bonvillani, A., Palermo, A., Vázquez, M. y Vommaro, P. (2010). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina. En Alvarado, S. y Vommaro, P. (comps.) *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)* (pp. 21-55). Rosario: Homosapiens.
- Bourdieu, P. (2001a). Las formas del capital. En *Poder, Derecho y Clases Sociales* (pp. 131-164). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2001b). La representación política. En *El campo político* (pp. 63-104). La Paz: Plural
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fillieule, O. (2001). Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel. *Revue française de science politique*. Vol. 51, N° 1, 199 - 215.
- Fillieule, O. (2010). Some Elements of an Interactionist Approach to Political Disengagement. *Social Movement Studies*, Vol. 9, N° 1, 1-15.
- Fillieule, O. (2012). Travail, famille, politisation. En Sainsaulieu, I. y Surdez, M. (eds.) *Sens politiques du travail*. Paris: Armand Colin Recherches.
- Fillieule, O. (2013). Political socialization and social movements. En Snow, D. *et al.* (dir.) *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*. Oxford: Wiley.
- Fillieule, O. y B. Pudal (2010). Sociologie du militantisme. Problématisations et déplacement des méthodes d'enquête. En Agrikoliansky, É., Sommier, I., Fillieule, O. (Eds.) *Penser les mouvements sociaux. Conflits sociaux et contestations dans les sociétés contemporaines* (pp. 163-184). Paris: La Découverte Recherches.
- Gaxie, D. (1977). Économie des partis et rétributions du militantisme. *Revue française de science politique*. Año 27, N°1, 123-154.
- Gaxie, D. (1987). Le sens caché. *Réseaux*. Vol. 5, N° 22, 20-51.
- Gaxie, D. (2005). Rétributions du militantisme et paradoxes de l'action collective. *Swiss Political Science Review*. N°11, 157-188.
- Gaxie, D. (2007). Cognitions, auto-habilitation et pouvoirs des «citoyens». *Revue française de science politique*. Vol. 57, 737-757.
- Gaxie, D. (2013). Retour sur les modes de production des opinions politiques. En Coulangeon, P., Duvak, J. (dir.). *Trente ans après La distinction de Pierre Bourdieu*, Paris: La Découverte.
- Ihl, O. (2002). Socialisation et événements politiques. *Revue française de science politique*. Año 52, N° 2-3, 125-144.
- Mattina, G. (2012). Transformaciones de los formatos partidarios en la democracia argentina: una mirada al PRO desde el ciclo electoral 2011. En Cheresky, I. y Annunziata, R. (comp.) *Sin promesas, sin programa*. Buenos Aires: Prometeo.
- McAdam, D. (1989). The biographical consequences of activism. *American Sociological Review*. N°5, 744-760.
- McFarland, D. y R. Thomas (2006). Bowling young: How youth voluntary associations influence adult political participation. *American Sociological Review*, Vol.71, 401-425.
- Morresi, S. y Vommaro, G. (2012). «Somos un partido de gestión». El PRO en el contexto del centro-derecha argentino: una aproximación a través del análisis de sus cuadros dirigentes. *Mimeo*. Los Polvorines: UNGS.
- Pudal, B. (2011). Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. *Revista de Sociología de la Universidad de Chile*. N°25, 17-35.
- Sawicki, F. y J. Siméant (2009). Décloisonner la sociologie de l'engagement militant. Note critique sur quelques tendances récentes des travaux français. *Sociologie du travail*. N° 51, 97-125.
- Schutz, A. (2008). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu
- Vázquez, M. y P. Vommaro (2012). La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora . En Natalucci, A. y Pérez, G. (comp.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Nueva Trilce.